

El Almuerzo Desnudo

(1991)

Género:

Fantasia / Ciencia Ficción

Nacionalidad: Canadá / Japón / Gran Bretaña

Director: David Cronenberg

Actores:

Peter Weller

Judy Davis

Ian Holm

Guión: William S. Burroughs / David Cronenberg

Sustancias : psicofarmacos

Sinopsis e interpretación por galeon.com:

Sobre esta película existen básicamente dos interpretaciones.

Entienden unos que en *Spider* se explica la historia de un personaje esquizofrénico (*Dennis Clegg*, encarnado magistralmente por Ralph Fiennes) que sale del hospital psiquiátrico en el que ha estado desde su niñez, y más exactamente desde el día en que su padre, plomero de profesión (*Bill Clegg*, protagonizado por Gabriel Byrne), –un individuo violento, que no hace ascos a la bebida y que mantiene esporádicas relaciones con una prostituta (*Ivonne*, papel que representa Miranda Richardson) que vive en su mismo barrio y que frecuenta el *pub* al que él acude después de cenar–, asesinara a su madre (que lleva también a la pantalla Miranda Richardson).

Respecto a esta primera interpretación lo primero que hay que preguntarse es ¿por qué conocen unos y otros, el crítico de cine y el espectador común, que las cosas fueron de esa manera? Lo saben en primer lugar por lo que Cronenberg muestra en la pantalla.

El intelectual y muy elogiado director presenta a *Spider* –apodo logrado para Dennis Clegg– bajando de un tren (acaba de salir del hospital psiquiátrico), y desde el andén, con una vieja maleta de madera y una cajita metálica en la que guarda objetos que estima de gran valor, se dirige a una pensión de un barrio de la capital británica (East End londinense), mas no a una cualquiera, dado que es la que le ha asignado el director del hospital

Recién vemos a Dennis en su nuevo hogar, en un lugar de los denominados de reinserción, y que, por lo mismo, no constituye sino un paso intermedio entre el de encierro absoluto que es el hospital psiquiátrico y la libertad.

Espigado, rígido, un poco encorvado según las formas habituales que en el cuerpo deja la esquizofrenia, desaliñado y cuya timidez denuncia la culpa que soporta, Dennis se presenta con la carta del director del hospital psiquiátrico a la gobernanta de su nuevo asilo, en una de esas pensiones en la que si el enfermo no funciona se le envía de nuevo al manicomio, como, dicho sea de paso, ocurrirá.

Las cosas, en efecto, no funcionan en el hogar de reinserción en el sentido de que nuestro casi autista protagonista se desestabiliza, se descompensa, como sin duda certificarían los agentes del discurso psiquiátrico.

Quizá se apostillara que sucede de ese modo porque la negligencia de la gobernanta (la señora *Wilkinson*, que lleva a la pantalla Lynn Redgrave) le permite abandonar la medicación, razón por la cual los fantasmas de la infancia comienzan a visitarles, –no por nada se afirma que los psicotropos son las nuevas, más efectivas y también más humanas camisas de fuerza–, y sin duda porque el hospicio está ubicado en el mismo barrio en el que vivió antes de ser internado en el hospital psiquiátrico.

El hecho cierto es que Dennis, ajeno a los recuerdos durante los veinte años de internamiento en la institución psiquiátrica, se ve ahora asediado por imágenes de cuando tenía diez años, imágenes-recuerdos que van conformando su novela familiar y en ella acontecimientos de su infancia.

Cronenberg recurre al *flash-backs*, técnica narrativa básica del *psico-thriller*, y el espectador puede contemplar a Dennis físicamente presente observando, en ocasiones desde un rincón de alguna habitación, escenas de aquella lejana época.

Por otra parte, hace que Dennis anote afanosamente en una libretita, con signos que sólo él puede descifrar aunque cree lo contrario, –razón por la que la esconde en el lugar que considera menos accesible y más tarde, angustiado ante la perspectiva de que alguien pueda descubrir la verdad en ella revelada, opta por destruirla–, todas las escenas-situaciones que va recordando, las imágenes que el director canadiense, como acabo de decir, presenta en la pantalla y que van conformando-revelando la historia familiar tantos años reprimida.

Algunas de esas imágenes-recuerdos de Dennis Clegg constituyen claves para descifrar lo acontecido en su infancia.

Todo el problema está en dejarse transportar por la vena empírica, pues al hacerlo así se deja de lado la realidad psíquica de *Spider*, realidad que pese a no ser sin aquella está hecha de esa otra pasta, la misma que determina el modo de ser y la elección de objeto de amor de cada uno de nosotros.

Ejemplo de ello es la escena-recuerdo de *Spider* mirando con embeleso la hermosura de su madre mientras ésta se pinta los labios, y otra de análogas características en la que la descubre en ropa interior.

En otra secuencia, tampoco trivial, vemos a los señores Clegg despedirse de Dennis una de las noches que van al *pub*, y como éste observa desde la ventana de su habitación (sita en el segundo piso de la casa) como hacen el amor en el patio, siendo lo insoportable de la escena lo que le hace apartarse rápidamente y con rabia de la indiscreta ventana.

Es en ese instante, cuando ya no sabe que es él para su atenta y cariñosa madre, para ese Otro primordial que ella encarnaba hasta ese momento, que, sólo ya en su habitación, *Spider* comienza a construir una tela de araña con viejas cuerdas (los pensamientos que reclaman la normativización del deseo que ejerce la Función del Padre, el significante que despeje la incógnita de qué es él para el Otro materno).

Hasta aquí tres escenas fundamentales, pero existen dos más que por puntualizar la historia las dejaré para más adelante.

Que no compartimos el sentido que los críticos atribuyen a esta película no es necesario subrayarlo, diferente a que quizá por la influencia de sus opiniones así es también respecto a la de algún espectador, y por lo que sabemos nos alejamos bastante de la apreciación de Cronenberg.

La película, ciertamente, se complique un poco, digámoslo así, pero la complicación no justifica nada, y la recurrida consideración de que Cronenberg deja abierto el sentido, según la fórmula “el sentido-final lo pone el espectador”, no hace a nuestra discrepancia. La película se complica, decimos, porque Cronenberg introduce nuevos personajes, necesarios sin duda a sus fines, y con ellos nuevas secuencias.

En una de ellas, básica para las interpretaciones que pretendemos cuestionar, presenta al padre de Dennis (*Bill Clegg*) bebiendo y haciendo el amor con una prostituta, y un poco después vemos como éste mata a su mujer y como la entierra en el mismo lugar donde pocos minutos antes había recibido un fatídico golpe de pala en la cabeza cuando lo descubre haciendo el amor con su amante (*Ivonne*, la prostituta) en la cabaña de un huerto.

Desde el sentido común se podría argüir que un padre violento, bebedor y asesino hace del hijo un esquizofrénico.

Huelga decir que este modo de ver las cosas no es en modo alguno el nuestro. Y no lo puede ser porque el empirismo conductual de la interpretación, el trauma contemplado en su vertiente más ordinaria, psicológica, más allá del trasnochado hedor moral que desprende, no resiste el más superficial análisis epistemológico, e incluso a nivel formal, aunque esto no es lo de menos, tiene poco o nada que ver con lo que el galardonado director presenta en la pantalla.